

El futuro de la Historia

El aluvión

por Marcos Cantera Carlomagno

El flujo de inmigrantes del mundo musulmán a Europa ha puesto sobre el tapete un tema que Thilo Sarrazin señaló en el libro político de mayor éxito en Alemania durante más de una década: Deutschland schafft sich ab (Alemania se elimina a sí misma), de 2010.

Sarrazin fue uno de los principales exponentes del Partido Socialdemócrata, miembro del Directorio del Banco Central de Alemania y ministro de Economía en el Estado berlinés.

Su tesis, compartida por una amplia franja de la población pero no por los amantes de lo políticamente correcto, es que la llegada masiva de inmigrantes con un nivel educativo prácticamente nulo terminará por quebrar al Estado de Bienestar alemán y eliminará en un futuro cercano sus capacidades competitivas.

Un problema clave es el de la educación. Otro, igualmente importante, es el de la integración. Señala el autor: “La integración requiere esfuerzos de quienes tienen que integrarse. No siento ningún respeto por quienes no quieren hacer ese esfuerzo. No reconozco a quienes viviendo en un Estado de Bienestar niegan la legitimidad de ese Estado, rehúsan la educación que reciben sus hijos y producen constantemente nuevas camadas de niñas con paño en la cabeza”.

Identificada la amenaza, Sarrazin agrega: “Ninguna otra religión en Europa presenta tantas exigencias como la musulmana. Ningún grupo de inmigrantes está tan identificado con las exigencias al Estado de bienestar y con el crimen. Ningún otro grupo subraya tan claramente sus diferencias con el resto de la población en el espacio público. En ningún otro grupo es tan fluida la transición a la violencia, la dictadura y el terrorismo”.

Una de las ideas de Sarrazin es que la población musulmana se reproducirá y terminará superando a la alemana, cuyas tasas de nacimiento son claramente más bajas. Pero el mayor problema a mediano plazo es que el nivel de inteligencia de los inmigrantes musulmanes es notablemente inferior al de la población nativa.

El libro de Sarrazin se agotó en pocos días, al mismo tiempo que representantes de la clase política y cultural condenaron su contenido. El autor fue apartado de varios de sus cargos y estuvo, incluso, a punto de ser expulsado del partido.

El debate creado por Sarrazin desnuda la retirada de un pueblo que ha llegado lejos en su proceso civilizatorio y la aparición en escena de un pueblo que se encuentra en una fase de marcado atraso cultural.

Pero hagamos un experimento atroz. Cambiemos algunas palabras y escenarios. Supongamos que los alemanes civilizados son la clase media civilizada que una vez caracterizó e identificó a países como Argentina y Uruguay. Y supongamos que los musulmanes atrasados que exigen un lugar en el centro del escenario alemán son los lumpenes rioplatenses, es decir los habitantes de nuestra periferia social.

¿No se trata de la misma situación? ¿No surgen a nuestra vista los mismos problemas? ¿No es así que la historia moderna del Río de la Plata está marcada por la derrota de una clase social educada, ilustrada y comprometida con la construcción de un Estado democrático a manos de un grupo biológica, política y socialmente expansivo cuyas características mentales recuerdan los tiempos primitivos; cuyas constantes exigencias sobre el Estado de bienestar van de la mano de la negación de ese Estado y cuyas ambiciones de dominación grupal (tribal) son tan grandes como su negación a aceptar las normas y las reglas que rigen la vida ciudadana?

¿No se trata, también en el escenario rioplatense, de la sustitución de una población con alto grado de civismo por otra altamente incívica? ¿No estamos, en definitiva, frente a un proceso de idiotización de la población nacional que condena a Argentina y a Uruguay a un futuro de barbarie cultural, de atraso económico y de inestabilidad política?

La sal está echada en la llaga. Y al igual que Sarrazin cuando analiza la realidad alemana (y tal como lo he venido exponiendo en este espacio desde hace más de siete años), estoy profundamente convencido de que la característica primera de las sociedades rioplatenses durante las últimas cinco o seis décadas es la lenta pero inexorable derrota de la clase social que construyó esos dos Estados modelicos a manos de elementos periféricos, atrasados e incivilizados.

Son justamente esos elementos que, canalizados por una izquierda populista e irresponsable, han reducido económicamente, han derrotado políticamente y han asimilado culturalmente a la clase media ilustrada, esa que supo levantar una sociedad avanzada, una sociedad moderna, una sociedad ejemplar, ilustrada, tolerante e internacionalista.

La diferencia entre los dos ejemplos nombrados estriba en que el pueblo alemán tiene siglos de experiencia en recuperarse de fuertes derrotas, mientras que los pueblos rioplatenses apenas estaban levantándose cuando se desató el aluvión social.

Con el pianista esloveno Ivan Skrt

“Hay cosas más importantes que el éxito”

entrevista de Rodolfo Ponce de León

En un casting para personificar a Jesús o a cualquier otro profeta seguramente sería el elegido. Es muy flaco y alto, tiene 34 años, una melena que le llega a los hombros, barba, bigote y una mirada dulce. Estudió música y piano en su país, Eslovenia, luego en el Conservatorio Tchaikovsky de Moscú y por último en la Escuela Normal de Música, en París. Nació en una ciudad pequeña con mucho verde en el entorno. Por eso ama los espacios abiertos y ha elegido para la entrevista la cafetería del hotel donde se aloja, un piso alto con vista al mar, en lugar de un lobby menos luminoso. Me recibe con su esposa, más sonriente que él, quien lo auxilia en dos o tres oportunidades cuando él no encuentre la palabra para expresarse en inglés y entonces la consultará a ella, en esloveno, por supuesto. Apenas me siento, me reconoce y dice: “Ayer lo vi en el concierto, estaba en la primera fila”. Es Ivan Skrt, un pianista distinto que anda por el mundo renegando de los concursos y del éxito y predicando por la libertad en la interpretación. Después de haber escuchado su discurso musical (ver recuadro) y oírle el fundamento conceptual que tiene para interpretar la música como lo hace, Skrt resulta tan interesante y agradable como los sonidos que salen del piano que toca.

—¿No le parece que ayer el público demoró en aplaudir?

—No. Es habitual en mis conciertos, no podría explicar por qué pero el aplauso siempre aparece por la mitad o al final, o cuando uno menos lo espera (risas). Es mejor que el aplauso se demore para no molestar la concentración de todos.

—¿Cómo fue su infancia?

—Feliz. Mi madre me marcó diciéndome que lo importante es ser una buena persona y no un desastre de persona pero con mucho éxito. Entonces, si bien me alentaba mucho en mis estudios musicales, me quitó la presión de escalar posiciones porque siempre ponía por delante la formación humana integral antes que las condecoraciones pianísticas. Para llegar a ser una buena persona explora siempre tu interior, me decía, y esta “pista” la tuve desde muy temprano en mi vida. Creo que también fue crucial para mí el hecho de que me criara en un pequeño pueblo rodeado de naturaleza y no en una gran ciudad llena de ruido y de estrés.

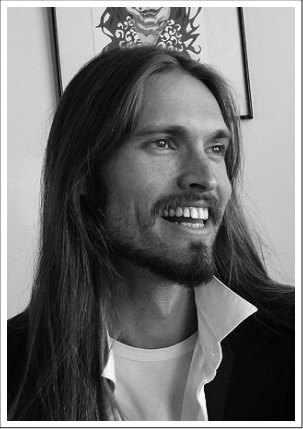
—¿Es mejor vivir en un pueblo chico que en una gran ciudad?

—La pequeñez, como todo, tiene sus pros y contras. Cuando uno va a Moscú, a París o a cualquier gran ciudad, tiene una vivencia de amplitud que es muy buena para la formación de cualquier artista. Esa pequeñez

y esa amplitud no son buenas o malas en sí, son complementarias y el contraste es enriquecedor.

—En un momento de su carrera decidió no presentarse más a concursos. ¿Cuál fue el motivo?

—En los concursos generalmente hay que atenerse a un cierto patrón o forma en



Ivan Skrt

la manera de tocar ciertas obras o ciertos autores. Yo siempre me resistí a meterme en un modelo, en un esquema interpretativo. Y los jurados de los concursos, que lo que hacen es comparaciones entre los concursantes, cuando uno se sale de la corriente, del modelo interpretativo habitual, no lo consideran porque le dificulta la comparación con los otros concursantes. Soy consciente de esto, pero la vida no es una comparación permanente y la libertad en la interpretación para mí es la vida.

—Esa libertad interpretativa que usted propugna, ¿no es una forma de saltarse algunos “deberes” y hacer la cosa más fácil?

—Para mí la libertad es el punto crucial de la interpretación. No quiere decir “hacé lo que quieras”. La libertad es para mí un completo orden previo. Y ese orden previo implica mucho estudio. Después de que desmenucé una

obra con la cabeza y con los dedos, después de que comprendí qué significa cada nota en la estructura completa, el día del concierto hay que dejar fluir el discurso musical y que la música hable por uno. Yo toco de un modo totalmente diferente en mi casa cuando estudio, que el día del concierto. En casa toco siempre igual porque quiero que prevalezca el orden mental que le decía. Pero en el concierto quedo librado a la inspiración de ese momento, lo que implica que casi siempre hay una cuota de improvisación. En casa cada obra siempre suena igual; en el concierto cada obra siempre suena diferente.

—¿Hay otros pianistas actualmente que practiquen esta libertad interpretativa?

—Muy pocos porque los pianistas modernos están habituados a los concursos, que es la forma de llegar al éxito. Entonces, si se prioriza el éxito, se pierde esta libertad. Para mí el éxito no es importante y creo que seguir un modelo o una corriente para llegar al éxito arruina nuestras vidas. Hay cosas más importantes que el éxito.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, la vida en general, no solo la música. La vida es el árbol; la música solo una rama de ese árbol. Si la rama por algún motivo se cortara, el árbol sigue.

—¿Tiene un repertorio favorito?

—Compositores del siglo XIX en adelante, donde la libertad ofrece mayores posibilidades para el intérprete. En cambio, en los compositores clásicos, el modelo es más ceñido y la libertad casi inexistente.

—¿Cuáles es su rutina diaria?

—Muchas horas de piano, porque cuanto más se profundiza una obra, más se

enriquece uno con asociaciones de ideas que surgen durante el estudio y que van a ser útiles para la interpretación el día del concierto.

—¿Qué me puede contar de su familia?

—Mi madre es la más parecida a mí en manera de ser. Mi padre hace todo; es el hombre con los pies en la tierra que se ocupa de las cuestiones prácticas día a día. Y mi hermano está concentrado en la fotografía y en la pintura, que son sus oficios. Todos juntos, incluida mi esposa, hacemos un buen equipo porque en casa hay una sana costumbre y es que todo se habla entre nosotros, sin tapujos, como corresponde entre los seres humanos.

—¿Prefiere el cine o la lectura?

—Como fotógrafo que es, mi hermano tiene una gran colección de películas y veo mucho cine con él. No soy un gran lector, salvo de poesía. Disfruté mucho *Platero* y yo, de Juan Ramón Jiménez. Leo y releo siempre a Jiddu Krishnamurti (*filósofo indio que vivió entre 1895 y 1986*). Es el único filósofo que nos muestra lo que la vida es y no lo que debería ser. No enseña, solo observa y transmite, es totalmente natural.

—¿Qué aprendió de él?

—Muchas cosas, entre otras, que en la música el intérprete debe hacer lo mismo que hace él con su filosofía: no relatar o enseñar bajo cierta forma lo que escribió el compositor, sino desaparecer y dejar que aparezca solo la música. Para desaparecer, primero hay que estudiar mucho. Luego el cuerpo debe estar libre de tensiones, sobre todo de la tensión por el éxito, que siempre lo arruina todo. Por último, uno debe sentirse libre al tocar. La libertad no elige una forma u otra, la libertad simplemente deja que la música fluya con naturalidad.

Un pianista distinto

Con la sala Delmira Agustini colmada, se presentó por primera vez en nuestro medio el viernes 4 el joven pianista esloveno Ivan Skrt. Su currícula nos informaba que el artista maneja sus interpretaciones con absoluta libertad, lo que fue palpable desde el comienzo.

Organizó su recital en base a breves obras presentadas en tríos: tres preludios de Chopin; tres preludios de Rachmaninov; tres danzas españolas de Enrique Granados; tres danzas argentinas de Alberto Ginastera; tres bagatelles de Marij Kogoj; tres bagatelles de Bela Bartok y La valse, de Maurice Ravel, única obra más prolongada con la que cerró el recital.

Skrt tiene un absoluto dominio técnico del instrumento y todo lo que hace, por dentro y por fuera de su libertad interpretativa, lo hace con buen gusto e intuición musical. Quizás Chopin y Granados hayan sido lo menos logrado de la velada. Su Chopin no agrega nada a lo que se ha escuchado de otros intérpretes. Su Granados tampoco, con el agravante de que los cambios introducidos a la Danza Nº 5 parecen algo arbitrarios y desnaturalizan el clima danzante de la obra.

En cambio, el resto de lo que hizo en el recital fue muy bueno y por momentos de un nivel de intensidad y excelencia inusuales. Los Preludios Nº 4 y 10 del opus

23 de Rachmaninov tuvieron un sonido suntuoso, de gran amplitud dinámica. Fue magnífico el sforzando de la Danza de la moza donosa y la apabullante catarata de sonido y de ritmos de la Danza del gaucho matrero, ambas de Ginastera. Se movió con comodidad en Bartok, presentó las tres piezas de su coteráneo Kogoj (1895-1986), interesantísimas en su mezcla de agresividad, dolor y misterio, y culminó con un Ravel tumultuoso, claro y contrastado.

Las libertades que Skrt se toma en sus versiones a veces son notorias, en otras oportunidades pasan desapercibidas. Con las excepciones anotadas al principio, en general se amalgaman bien con la obra y forman un todo que se disfruta sobre la marcha, con la sensación de que se está escuchando algo no solo bueno, no solo diferente, sino que además de alguna manera se está cocinando en el momento, en ese momento único e intransferible y que no se volverá a repetir, como ocurre en una buena improvisación jazzística.

Para semejante disfrute hace falta no solo un artista de estas características, sino también una audiencia de mente abierta, con la suficiente flexibilidad para recibir un discurso diferente. Así pareció ser porque la platea lo escuchó como en misa.

R.P. de L.